

mortificarse y humillarse en todo, no es susceptible de envidiar la santidad ni los prósperos resultados de otro. Con tal que Dios sea glorificado, de cualquier modo que lo sea, ya está contento; y si los medios de procurar su gloria estuviesen á su eleccion, preferiria los mas oscuros, los que mas se ocultan á las miradas de los hombres, aquellos de quienes le resultaria mayor humillacion. Un hombre tal nada de comun tendrá con el espíritu farisáico; y cuanto mas interior sea, mas se irá siempre apartando de él.

---

## CAPITULO XXXII.

### LLANTO DE JESUCRISTO SOBRE JERUSALEN.

**L**A sensibilidad y la compasion de Jesucristo para con los pecadores no se limitaba á los que daban muestras de arrepentimiento de sus culpas, sino que se extendia á los que eran sus enemigos personales y cuyo odio contra él iba cada dia en aumento, sin esperanza de corregirse. Jerusalem debia condenarlo á muerte. No solo los jefes de la nacion sino el pueblo debia pedir á grandes gritos que fuese crucificado, y que su sangre cayese sobre ellos y sus hijos. Acercábase el momento de este horrible deicidio; y Jesus que preveia este crimen y sus consecuencias, tenia por ello traspasada el alma de dolor. Fijandola vista sobre esta ciudad desgraciada, derramó lágrimas, y exclamó: *¡Ah! si conocieses tú, por lo menos en este dia que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está todo ello oculto á tus ojos. Vendrán unos dias sobre tí en que tus enemigos te circunvalarán y te rodearán, y te estrecharán por todas partes: y te arrasarán con los hijos tuyos, que tendrás encerrados dentro de tí y no te dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado.* (Lúc., XIX, 41, 44.) ¡Quién

podrá explicar con qué sentimiento de ternura pronunció el Salvador esta triste prediccion! Lloró sobre los males temporales que tendrian que sufrir los judíos de parte de los romanos y que se habian ellos mismos atraido por su ciega rabia y obstinacion; lloró sobre su dispersion y sobre el estado deplorable á que debian quedar reducidos en todas las naciones y que dura todavía despues de tantos siglos. Lloró mas aún sobre los males espirituales que habian de ser el fruto de su impenitencia y de su endurecimiento, sobre la pérdida eterna de tantas almas para quienes iba á derramar su sangre. Y ¡á qué causa atribuye tantas y tan grandes desgracias? A que en el tiempo señalado por Dios no habia conocido lo que debia darle la paz, ni el momento en que la visitaba Dios en su misericordia. Este momento habia durado todo el tiempo de su vida pública. ¡Qué no habia dicho y obrado para abrirle los ojos, para moverlos, para forzarlos, por decirlo así, á reconocerle en calidad de Mesías! Las gracias interiores habian correspondido á las señales exteriores; y todo esto habia quedado sin efecto. *¿Cuántas veces, dice en otra parte, quise recoger á tus hijos como la gallina recoge á sus pollitos bajo las alas? Y tú no lo has querido.* (Math., XXIII, 37.)

Lo que sentia Jesucristo con respecto á Jerusalem lo ha experimentado tambien con motivo de todos y cada uno de los pecadores sin excepcion, que debian ofenderle y resistir á sus gracias en toda la sucesion de los siglos. No le eran menos caras sus almas que las de los judíos; y si por muchos de ellos no tuvo los mismos males temporales que deplorar, no era menos sensible á su perdicion eterna. Concibamos, si podemos, en qué abismo inmenso de amargura y de dolor estuvo de continuo sumergido su corazon.

Las almas que aman sinceramente á Jesucristo participan aquí con él de sus penas interiores, y experimentan á proporcion los mismos sentimientos de conmiseracion sobre tantos pecadores endurecidos como se precipitan todos los dias en el infierno. ¡Cuántas súplicas hacen! ¡A qué penitencias no se con-

denan! ¡A qué pruebas no se ponen para la eterna salud de aquellos pecadores! En tanto que los devotos y las devotas ordinarios no piensan sino en sí mismos, no trabajan sino para sí mismos, no se dedican sino á sus intereses espirituales, estrechándose en el reducido círculo de su amor propio; estas almas generosas se olvidan de sí mismas, y animadas por el espíritu de Jesucristo abrazan en sus deseos la conversion y la salud del universo. Su mayor sentimiento es que Dios no sea conocido, amado, glorificado de todas las criaturas, y que la sangre del Salvador haya sido derramada inútilmente para tan grande número. ¡Ah! cuánto se necesita estar muerto á sí mismo y á todo interes personal, y apasionarse por la gloria de Dios, y arder por el celo de las almas, para estar animado de tan nobles sentimientos! Este es sin duda el mayor esfuerzo de la pura caridad; y es tan rara en el dia esta caridad pura, que solo reina en los que se han consagrado á la vida interior. Esta manera de pensar y de sentir se eleva demasiado sobre la naturaleza para que pueda llegar á ella una virtud comun, la cual ni aspira á ella ni áun la comprende. Menester es que Dios mismo siempre en las almas semejantes disposiciones, cuyo origen se halla en el corazon adorable de Jesus: de allá deben tomarse como de su manantial; y ¡cuán pocos siguen la senda que conduce á este divino corazon! ¡cuántos caminan hácia él para sí solos y poco les importa la suerte de los demas! ¡Cómo si se creyese agradar á Jesus y asemejarse á él sin interesarse en lo que fué el mas tierno objeto de su amor!

Es preciso atender mucho á lo que dijo Jesucristo, de que la desgracia de Jerusalem provino de que no conociese el tiempo en que Dios la visitaba. Hay para cada alma momentos críticos, circunstancias decisivas, ya para salir del estado de la culpa ya para entrar ó para perseverar en el camino de la perfeccion. Estos son aquellos momentos en que la visita Dios de un modo señalado, y la llama á él por medio de una especial misericordia, bien sea inspirándola violentos remordimientos para arran-

carla del pecado; bien sea poniéndola en el caso de practicar actos heróicos de virtud, ya sometiéndola á ciertas pruebas, ya exigiendo de ella ciertos sacrificios que cuestan mucho á la naturaleza. Sirvese tambien Dios algunas veces de medios exteriores por los cuales comunica su gracia, como una enfermedad, un contratiempo, una afliccion, un sermon, una lectura, una conversacion. Si el alma resiste, como es libre siempre de hacerlo, ya no hay mas remedio para ella; vivirá encenegada en el pecado ó en una vida relajada é imperfecta, y morirá en este estado. Si se rinde, héla aquí convertida, ó del mal al bien, ó del bien á lo mejor ó á lo mas perfecto, y de ahí depende, no solo su conversion sino su perseverancia.

Nosotros, pues, no conocemos fijamente estas circunstancias decisivas para la salud ó para la santidad; y Dios nos las tiene ocultas para que estemos siempre vigilantes y en disposicion de corresponder á cada gracia que nos concede. ¿Qué motivo en realidad mas urgente que este? Yo siento que Dios obra en mi corazon; pero no sé si esta gracia será la última, y si lo arriesgo todo despreciándola. Dios me pide en este momento una donacion entera y sin reserva de mí mismo, porque tiene el designio de hacerme entrar en la vida interior. Si yo lo rehuso, ¿continuará en solicitarme, ó lo hará con la misma eficacia? Yo lo ignoro, y debò temer que no. Mas si él desiste de venir á encontrarme, hé aquí la puerta del camino de la perfeccion cerrada absolutamente para mí. Camino tiempo hace por las sendas espirituales y hago en ellas algun progreso. Pero preséntase un obstáculo que superar, un paso importante que dar, una tentacion que vencer, una dificultad, una prueba que sufrir: Dios me impele interiormente, la naturaleza me detiene. Si cedo á la naturaleza nadie me asegura si volveré á tener sobre ella el ascendiente, me veré detenido absolutamente, no adelantaré mas, y estaré muy expuesto á retroceder. Y ¿hasta qué punto retrocederé? Lo ignoro. Tal vez lo abandonaré todo y me perderé sin remedio. Lo mas seguro para mí en esta incertidumbre es creer

que cada momento en que me siento tocado por la gracia es el de la visita del Señor, y cumplir fiel y generosamente lo que su gracia me sugiere. Hubo para cada judío uno de estos instantes críticos en que se trataba de reconocer ó no á Jesus por el Mesías. Los que fueron infieles á este llamamiento resistieron despues á los mas estupendos prodigios, y acabaron por crucificarle como un blasfemo. Ejemplo terrible que se renueva por desgracia con harta frecuencia en particulares y á veces en naciones enteras. Porque nosotros nos parecemos todos mas ó menos á los judíos; y Dios guarda siempre la misma conducta en la distribucion de sus gracias.

---

### CAPITULO XXXIII.

#### ORACION DE JESUCRISTO.

**Y**A que Jesucristo es nuestro modelo en punto á oracion, fuente de todo bien espiritual, tanto como en todo lo restante, es muy necesario que con el auxilio de su gracia podamos formarnos alguna idea de su manera de orar: de otra suerte no estaria en nuestra mano el imitarle en este punto. No se halle á mal, pues, que yo me atreva á hablar sobre esta materia, segun él se digne ilustrarme.

Aunque la oracion de Jesucristo fuese continua y no pudiese ser un solo instante interrumpida por accion alguna exterior, ni aun por el reposo que concedia á la naturaleza, no obstante, tenia tiempos señalados para orar, en los cuales separábase de sus discípulos, buscando algun recinto solitario. Dice el Evangelio que en cierta ocasion habiéndose levantado muy de mañana, salió, fué á un lugar desierto y allí se puso en oracion. (Márc., I, 35.) En otra ocasion, que habiendo despachado al pueblo, subió á una montaña para orar solo; que por la tarde es-

taba todavía allí, en donde permaneció hasta la cuarta vigilia de la noche, es decir, las tres de la mañana, para volver á juntarse con sus discípulos. (Math., XIV, 23, 25.) Antes de escoger sus apóstoles, se retiró á un monte para orar y allí pasó la noche entera en oracion con Dios. (Lúc., VI, 12.) Dicese en otra parte que poco tiempo antes de su pasion, estando en Jerusalem, pasaba los dias en enseñar al pueblo que acudia muy de mañana á sus instrucciones; y que por la tarde al salir del templo, iba á pasar las noches en el monte de los Olivos. (Lúc., XXI, 37, 38.) Estaba en oracion tres horas habia en un huerto de Getsemaní, cuando Júdas y los judíos fueron á prenderle y Júdas conocia este lugar, porque á él se retiraba Jesus á menudo con sus discípulos. Así, pues, durante su vida pública, ocupado todo el dia en el servicio de su Padre, consagraba á la oracion una buena parte de la noche, y con frecuencia la noche entera. Lo mismo habria practicado sin duda durante su vida privada, dedicando todo el dia al trabajo y tomando del reposo de la noche horas para rogar.

Aprendamos ante todo, de lo que se acaba de decir, que la oracion es el primer deber del cristiano; que en cualquier estado de vida que háyamos abrazado, y á cualquier trabajo de cuerpo ó de espíritu que estemos sujetos, debemos siempre proporcionarnos tiempo para este santo ejercicio; que nos es aún mas indispensable, si estamos obligados á funciones de celo y de direccion; que el orden de la caridad no nos permite descuidar nuestra alma para ocuparnos casi únicamente en el alma del prójimo; y hasta que jamas haremos un verdadero bien al prójimo si por medio de la oracion no atraemos la bendicion de Dios sobre nuestro ministerio. Hállase tiempo para todo, aun para lo mas indiferente y para meros entretenimientos, y no se halla tiempo para orar. Y ¿por qué? Porque la oracion no se ama ni se conoce su necesidad.

No rogaba para sí Jesucristo, pues no tenia necesidad alguna espiritual, ni gracia ninguna que pedir, por cuanto en él residia

la plenitud de las gracias; ni misericordia que implorar, siendo no solo exento de pecado sino impecable; ni tentacion que superar ni virtudes que obtener. ¿Quién le inducia, pues, á pedir? Su amor para con su Padre y el interes que se toma en su gloria. Unida á la divinidad por un favor único su alma desde el instante en que fué criada, se unia tambien á ella por su voluntad, por sus actos libres, por el ardor de sus afectos. La oracion era su vida; y no la dejaba para dedicarse á la accion sino cuando esta era la voluntad de su Padre, volviendo por sí mismo á la oracion desde el momento en que quedaba libre. Despues de la gloria de Dios, la salud de los hombres era el motivo y el objeto de sus súplicas. Ni justos ni pecadores obtienen de Dios una sola gracia que Jesucristo no la haya pedido y obtenido para ellos en el decurso de su vida. Trataba, pues, á solas con su Padre de este gran negocio, en donde iban igualmente comprendidos los que se pierden por culpa suya y los que se salvan; nosotros le estábamos presentes en el pensamiento y en el corazon, en un punto de vista que abrazaba todas nuestras necesidades personales.

Nuestras necesidades espirituales de toda especie nos imponen la ley de rogar para nosotros mismos; y tantas son las miserias de que nos vemos cargados á la presencia de Dios, que no nos es posible olvidarnos en aquel acto á nosotros mismos; y áun cuando estuviéramos tan entregados á él que no nos ocurriese súplica alguna particular que hacerle, debemos siempre continuar en nuestra oracion una súplica general á favor nuestro. Seria una insoportable presuncion ó un desinterés extravagante el no hacerlo, creyendo, ó bien que no tenemos ya necesidad de pensar en nosotros durante la oracion ó que es mas perfeccion el no hacerlo. Que en ciertas oraciones en que Dios solo obra nos perdamos de vista, y ni áun tengamos objeto alguno distinto, concíbese fácilmente y este estado es comun tambien á los principiantes. Mas cuando Dios nos deja la libertad en nuestros actos, el bien espiritual de nuestra alma debe ser

uno de nuestros principales objetos. Lo que hallo, empero, mas reprehensible en la mayor parte de los cristianos es que el amor propio limita á sí mismos todas sus súplicas, y que en ellas olvidan los intereses de Dios y los del prójimo, para concentrarse en los suyos; en lo cual proceden contra la intencion y el ejemplo del Salvador. La idea que nos formamos de la oracion se limita á una peticion ó demanda. Mas ¿no es tambien una admiracion, un éxtasis de amor á vista de la grandeza y de las perfecciones de Dios? ¿No es tambien una alabanza, una accion de gracias, un sacrificio, un deseo que Dios sea conocido y amado, un doloroso sentimiento de que no lo sea tanto como él lo merece y lo exige? ¿Hay por ventura en la oracion cosa mas excelente que cuanto tiende directamente á los intereses de Dios? Y ¿acaso no debe movernos el interes del prójimo, á quien tenemos obligacion de amar como á nosotros mismos? ¿Nada tenemos que pedir para nuestros padres, para nuestros amigos, para nuestros bienhechores corporales y espirituales, para todos los hijos de la Iglesia que son hermanos nuestros, para los herejes y cismáticos, separados de ella por la desgracia del nacimiento, para tantos infieles é idólatras que no adoran ó ni áun conocen á Jesucristo? No excluimos al prójimo de nuestras oraciones, es verdad; pero ocupados únicamente en nosotros mismos, no pensamos en él, y no presentamos casi nunca delante de Dios nuestro comun Padre las necesidades de la gran familia cuyos miembros somos. ¿Dónde está, pues, nuestra caridad para con el prójimo? ¿Cuál es el primer objeto de esta caridad, si no es su salud y su santificacion? Y ¿cuándo la ejercitaremos, si no le dejamos lugar en nuestras oraciones? Cada uno que ruegue para sí, suele decirse: máxima maldita y reprobada por Jesucristo. Yo sostengo que se ruega mal para sí cuando no se piensa en rogar para el prójimo; que no se le ama con un amor sobrenatural cuando no se ruega para él; y que si no se le ama, no se ama á Dios.

Mas ¿en qué consistia la oracion de Jesucristo? ¿Era tal vez

un tejido, una larga serie de palabras, ó de actos articulados? Oró tambien en público para darnos á conocer los sentimientos de su corazon y para que sus oraciones fuesen para nosotros una enseñanza. Nos enseñó tambien una oracion vocal, breve y sencilla, que abraza todo lo que un cristiano puede y debe pedir para sí y para sus hermanos, tanto para la gloria de Dios, como para sus necesidades temporales y espirituales. Mas no por esto entendió sujetar á los cristianos únicamente á la oracion vocal; como si Dios no escuchase los deseos del corazon á menos que no los exprimiera la boca. Las oraciones públicas deben ser vocales, mas no así la oracion en que el alma comunica á solas con Dios. Y Jesucristo así se comunicaba con su Padre: no oraba por lo comun sino interiormente, aunque algunas veces dejase sin duda exhalar en suspiros, en lágrimas y en palabras los afectos de su alma. Lo cierto es que en él todas sus oraciones eran animadas y dictadas por el corazon; y que Dios no acepta con agrado de nuestra parte sino las que del corazon parten. Hé aquí el punto capital: despues dejemos al Espíritu Santo que nos inspire si hemos de rogar verbalmente, ó si hemos de permanecer silenciosos á la ptesencia de Dios.

Y cuando Jesucristo estaba en oracion, ¿ejercitaba metódicamente las tres potencias de su alma en un objeto determinado y dividido en varios puntos? No por cierto: estos métodos tienen su utilidad, puede hacerse uso de ellos por algun tiempo; pero creerlos indispensables seria engañarse; restringirse á ellos seria violentar la gracia, que es superior á todo método; hacer profesion de no enseñar otros, y señalarlos á todas las almas que están bajo nuestra direccion, seria someter la accion de Dios á la de la criatura, dar pábulo á la actividad del espíritu propio, privar á la oracion de sus mas excelentes efectos, retener las almas en un grado muy inferior á aquel á que Dios las elevara si se le dejase obrar libremente; privarlas, en fin, de orar de una manera aproximada á la de Jesucristo.

La oracion del Salvador era indudablemente única, pues era

la de un alma unida inseparablemente á la persona del Verbo, y era la oracion de un Dios que realmente no podia orar, atendida su divinidad, mas que se atribuia y juzgaba digna de él la oracion, valiéndose como de órgano de su humanidad. No es dado á ninguna inteligencia criada el penetrar en el secreto de una oracion semejante, ni elevarse á su misteriosa sublimidad. Lo que de ello podemos decir nosotros es que entonces el alma de Jesucristo estaba mas profundamente abismada en el seno de la divinidad, que estaba como oprimida y anonadada bajo el peso inmenso de su majestad y grandeza; y que para no sucumbir enteramente necesitaba ser sostenida de toda la fuerza del Omnipotente. Los éxtasis, los arrebatos, el estado mismo de los espíritus bienaventurados y la vision intuitiva de la esencia divina con el amor y la felicidad que la acompañan, nada tienen de comparable con lo que sentia en la oracion el alma de Jesucristo. Creemos con razon, y es un artículo de fe, que esta oracion era en el mas alto grado. Pero por un incomprendible prodigio, los efectos admirables de la union hipostática que hacian á esta alma soberanamente feliz, se detenian en su parte superior, y no pasaban sino rara vez y por cortos intervalos hasta la parte inferior.

Esto nos conduce á otra verdad desconocida al comun de los cristianos y de la que ni aún las almas interiores tienen conocimiento, sino cuando se hallan destinadas al estado de víctima. Y es, que la oracion de Jesucristo no abundaba en dulzuras y en consuelos, que era al contrario muy amarga y muy dolorosa, aunque tranquila; que en ella se presentaba como un criminal cargado de todos los pecados del género humano, como un deudor comprometido á pagar todas nuestras deudas y como deudor á la justicia divina de todos los castigos que merecíamos. Parecia, pues, delante de su Padre como una víctima de expiacion, ofreciéndose á todos los rigores de sus venganzas, rogándole que nos perdonase y que descargase sobre él solo su indignacion, cuyos efectos experimentaba en la oracion: su Padre le mani-

festaba un semblante severo é irritado; en este Padre, que tan tiernamente amaba, tenia un juez inexorable que le preparaba tormentos y oprobios, que parecia desecharlo de su presencia y tratarlo como objeto de maldicion. Y no podia mirarse á sí mismo sin que se viese como todo cubierto de pecados, sin que se hiciese horror, como si fuera él realmente el culpable. ¡Qué contricion no excitaria en él la multitud de estos pecados que abrazaba, viéndolos todos distintamente y penetrando toda su enormidad!

Y ¡qué contraste entre la santidad adorable de su persona y esta lepra general, formada de la masa de todas nuestras iniquidades! Y ¡hasta qué punto no seria sensible á los ultrajes hechos á la majestad divina! Y ¡cuánto no sufriria ya de antemano para repararlos! ¡Cuál seria aún su dolor, echando una ojeada sobre tantas almas de las que venia á rescatar, que se obstinarian en perderse, que pisotearian sus gracias, el precio de su sangre, cavándose ellas mismas un infierno mas profundo que aquel de que venia á librarlas! Tales eran las impresiones que obraban sucesivamente, ó todas á la vez, sobre el alma de Jesucristo en la oracion. Si podemos comprender su extension, su vivacidad, su intensidad, tendremos alguna idea de las penas interiores que el corazon de Jesucristo sentia en la oracion, y conoceremos que los tormentos exteriores de su pasion fueron nada en comparacion de estas penas.

Almas sensibles, que tan ávidas os mostrais de que Dios os acaricie en la oracion, que solo para serlo os poneis en su presencia, que quedais desoladas si os lo priva, si se niega á alimentar vuestro amor propio espiritual, ¿no os avergonzais de vosotras mismas cuando comparais vuestras disposiciones con las de Jesucristo? Si consideramos su santidad, ¿qué es lo que merecia encontrar cuando oraba? Sin duda que todas las delicias del cielo. Mas ¿eran estas delicias las que él buscaba en la oracion, y las que en ella hallaba realmente? Y vosotros ¿qué mereceis, y qué buscáis en la oracion? ¿Sois dignos acaso de

una sola mirada de Dios? Y cuando se digna concedérosela, ¿no debiérais abismaros en vuestra nada y derretiros de puro reconocimiento? ¿No debiérais pensar mas bien, que cuando al parecer os abandona, os hace justicia, y darle gracias porque os mortifica y os humilla?

Acudid á la escuela de Jesucristo para aprender allí cuál es la verdadera y excelente oracion, la que mas glorifica á Dios y la mas útil para vuestro adelantamiento. Y os responderá ser aquella que mas se parece á la suya; aquella en que no solamente os ofreceis en sacrificio, sino en la cual sois realmente sacrificados; aquella en que Dios os abate bajo el peso de su grandeza y de vuestra bajeza, de su santidad y de vuestra corrupcion; aquella en que os penetrais de dolor al ver una bondad infinita tan gravemente ofendida por vosotros y por los demas; aquella en que por vuestro amor os ofreceis á todas las cruces, las aceptais, las llevais, para satisfacer á su justicia, demasiado venturosos en que se digne admitir vuestro holocausto en union con el de su Hijo.

Vosotros no aspirais sino á la gloria y á las delicias del Tabor y no pensais que esta vision maravillosa pasó como un relámpago; que Jesucristo ni aún se deja ver en ella y que solo tenia la mira de animar el valor y afirmar la fe de sus discípulos; que mientras duró aquella, toda su conversacion con Moisés y Elías versó sobre su pasion; que san Pedro, el cual se hallaba bien allí, y queria construir tres tiendas para fijarse en aquel lugar, es reprendido en el Evangelio como *no sabiendo lo que decia*. Guardad, pues, grabade en vuestra memoria, que cuantos tienen un verdadero amor á Jesucristo y desean sinceramente parecerse á él, no desean para sí mismos una oracion de otra especie que la suya; que nunca están tan contentos como cuando sufren en ella en el cuerpo y en el espíritu, y quedan profundamente humillados. Tened por sospechosa toda oracion que no dé por fruto el desprendimiento de las dulzuras mismas del espíritu y el odio de sí mismo.